

Feixa, Carles. “De culturas, subculturas y estilos.” (Capítulo 3). En: Feixa, C. De jóvenes bandas y tribus. Antropología de la juventud. Barcelona: Ariel, 1999.

Ficha Bibliográfica

Capítulo 3
De culturas, subculturas y estilos
Feixa, Carles

El concepto de culturas juveniles

Las culturas juveniles se refieren a la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional. En un sentido restringido, definen la aparición de “microsociedades juveniles”, con grados significativos de autonomía respecto de las “instituciones adultas”, que se dotan de espacios y tiempos específicos, y que se configuran históricamente en los países occidentales tras la segunda guerra mundial, coincidiendo con grandes procesos de cambio social en el terreno económico, educativo, laboral, e ideológico. Este termino implica un cambio en la “manera de mirar” el problema, que transfiere el énfasis de la marginación a la identidad, de las apariencias a las estrategias, de lo espectacular a la vida cotidiana, de la delincuencia al ocio, de las imágenes a los actores.

La noción de culturas juveniles remite a la noción de culturas subalternas. Los jóvenes, incluso los que provienen de las clases dominantes, acostumbran a tener escaso control sobre la mayor parte de aspectos decisivos en su vida, y están sometidos a la tutela de instituciones adultas. Lo que diferencia a la condición juvenil de otras condiciones sociales subalternas (como la de los campesinos, las mujeres y las minorías étnicas) es que se trata de una condición transitoria: los jóvenes pasan a ser los adultos (pero nuevas cohortes generacionales los reemplazan). Este carácter transitorio de la juventud ha sido utilizado a menudo para menospreciar los discursos culturales de los jóvenes. La articulación social de las culturas juveniles puede abordarse desde tres escenarios:

- a) La **cultura hegemónica** refleja la distribución del Poder cultural a escala de la sociedad más amplia. La relación de los jóvenes con la cultura dominante está mediatizada por diversas instancias en las cuales este poder se trasmite y se negocia: escuela, sistema productivo, ejército, medios de comunicación, órganos de control social, etc. Las culturas juveniles provenientes de una misma cultura parental pueden negociar de formas diferente sus relaciones con la cultura hegemónica: las culturas juveniles obreras pueden adoptar soluciones adaptativas o disidentes; las culturas juveniles de clase media pueden seguir itinerarios normativos o contestatarios.
- b) Las **culturas parentales** pueden considerarse como las grandes redes culturales, definidas fundamentalmente por identidades étnicas y de clase, en el seno de las cuales se desarrollan las culturas juveniles, que constituyen subconjuntos. No se limita a la relación directa entre “padres” e “hijos”, sino a un conjunto más amplio de interacciones cotidianas entre miembros de generaciones diferentes, en el seno de la familia, la escuela

local, las redes de amistad, las entidades asociativas, etc. Mediante la socialización primaria, el joven interioriza elementos culturales básicos que luego utiliza en la elaboración de estilos de vida propios.

- c) Las **culturas generacionales**, refieren la experiencia específica que los jóvenes adquieren en el seno de espacios institucionales (la escuela, el trabajo, los medios de comunicación), de espacios parentales y sobre todo de espacios de ocio (la calle, el baile, los locales de diversión). En estos ámbitos, el joven empieza a identificarse con determinados comportamientos y valores, diferentes a los vigentes en el mundo adulto.

En una perspectiva etnográfica puede ser útil el concepto de **microcultura**, que describe el flujo de significados y valores manejados por pequeños grupos de jóvenes en la vida cotidiana, atendiendo a situaciones locales concretas. En este sitio, la **banda** sería una forma de microcultura emergente en sectores urbano populares. El concepto hace referencia a los grupos informales localizados de jóvenes de las clases subalternas, que utilizan el espacio urbano para construir su identidad social, y que corresponden a agrupaciones emergentes en otros sectores sociales. Cada banda puede caracterizarse por determinado estilo, aunque también puede ser producto de la mezcla sincrética de varios estilos existentes en su medio social. El término **contracultura**, se refiere a determinados momentos históricos en que algunos sectores juveniles expresan de manera explícita una voluntad impugnadora de la cultura hegemónica, trabajando subterráneamente en la creación de instituciones que se pretenden alternativas.

Las culturas juveniles no son hegemónicas ni estáticas: las fronteras son laxas y los intercambios entre los diversos estilos, numerosos. A un nivel más operativo, las culturas juveniles pueden analizarse desde dos perspectivas:

- a) En el plano de las **condiciones sociales**, entendidas como el conjunto de derechos y obligaciones que definen la identidad del joven en el seno de una estructura social determinada, las culturas juveniles se construyen con materiales provenientes de las identidades generacionales, de género, clase, etnia y territorio.
- b) En el plano de las **imágenes culturales**, entendidas como el conjunto de atributos ideológicos y simbólicos asignados y/o apropiados por los jóvenes. Estos estilos tienen una existencia histórica concreta, son a menudo etiquetados por los medios de comunicación de masas y pasan a atraer la atención pública durante un periodo de tiempo, aunque después decaigan y desaparezcan.

Culturas juveniles y generación

El primer factor estructurador de las culturas juveniles es la generación. La generación puede considerarse el nexo que une biografías, estructuras e historia. La noción remite a la identidad de un grupo de edad socializado en un mismo periodo histórico. Al ser la juventud un momento clave en el proceso de socialización, las experiencias compartidas perduran en el tiempo, y se traducen en la biografía de los actores. Las fronteras generacionales responden a factores históricos y estructurales. Por otra parte, las generaciones se identifican sobre todo por la descripción subjetiva de los actores, por un sentimiento de “contemporaneidad” expresada por “recuerdos en común”. La conciencia que manifiestan los actores de pertenecer a una misma generación se refleja en “acontecimientos generacionales” (una guerra, un movimiento de protesta), lugares comunes, etiquetas y autocalificaciones.

Las culturas juveniles mas visibles tienen una clara identidad generacional, que sintetizada de manera espectacular el contexto histórico que las vio nacer. Aunque en cada momento conviven diversos “estilos” juveniles, normalmente hay uno que se convierte en hegemónico, sellando el perfil de toda una generación. Es la novedad lo que da carta de naturaleza a las culturas juveniles (a diferencia de las culturas populares, que pueden definirse como “rebeldes en defensa de la innovación”). Por ello es posible analizarlas como una metáfora de los procesos de transición cultural, la imagen condensada de una sociedad cambiante en términos de sus formas de vida, régimen político y valores básicos.

Culturas juveniles y género

Las culturas juveniles han tendido a ser vistas como fenómenos exclusivamente masculinos. De hecho, la juventud, ha sido definida en muchas sociedades como un proceso de emancipación de la familia de origen y de articulación de una identidad propia, expresada normalmente en el mundo público o laboral. En cambio, para las muchachas la juventud a consistido habitualmente en el transito de una dependencia familiar a otra, ubicado en la esfera privada. Por otra parte las bandas se han visto como un fenómeno de afirmación de la virilidad, que se refleja tanto en sus actividades violentas, como en su estética “dura”.

La cuestión no es tanto la presencia o ausencia de las mujeres en las culturas juveniles definidas en términos androcéntricos, sino las formas con que interactúan entre ellas y con otros sectores para negociar un espacio propio, articulando formas culturales, respuestas y resistencias específicas. Es probable que en su vida ocupe un lugar central la sociabilidad femenina del vecindario, las culturas de fans y clubes de fans, la organización de la propia habitación, etc. Sin embargo también las chicas como los chicos, viven su juventud en una multiplicidad de escenarios.

Culturas juveniles y clase

El termino “cultura juvenil” se basa en el hecho de lo que le sucedió a la “juventud” en este periodo era radical y cualitativamente distinto de cualquier cosa que hubiera sucedido antes.

En los años de posguerra se popularizaron diversas teorías que predicaban la emergencia de una cultura juvenil homogénea e interclasista, proponiendo la edad y la generación como factores sustitutivos de la clase explicación del conflicto y del cambio social. Para los autores de la escuela de Birmingham, no es la edad sino la clase el factor estructurante de las culturas juveniles británicas de posguerra, tanto las de raíz obrera como las de clase media. Para estos autores, las culturas juveniles pueden interpretarse como intentos de afrontar las contradicciones que permanecen irresueltas en la cultura parental, como elaboraciones simbólicas de las identidades de clase, generadas por los jóvenes en su transición biográfica a la vida adulta, que colectivamente supone su incorporación a la clase. Las cambiantes relaciones de las culturas juveniles con las culturas parentales y con la cultura dominante pueden explicar la coexistencia de diversos estilos juveniles en cada momento histórico, que a grandes rasgos trazan fronteras sociales, pero que también pueden presentarse de manera oblicua. Son importantes los procesos de circulación, apropiación y sincretismo cultural, que impiden la correspondencia mecánica entre culturas juveniles y clase.

La relación entre cultura juvenil y clase se expresa sobre todo en la relación que los jóvenes mantienen con las culturas parentales. Esta se refiere a un amplio conjunto de interacciones cotidianas entre miembros de generaciones diferentes en el seno de la

familia, el barrio, la escuela, la red amplia de parentesco, la sociabilidad local, etc. Los jóvenes habitan en un medio familiar y social específico, que ejerce las funciones de socialización primaria. Mediante la interacción cara a cara con parientes y vecinos mayores, los jóvenes aprenden algunos rasgos culturales básicos (roles sexuales, lenguaje, gustos estéticos). Mientras las culturas parentales de clase media tienden a concentrar estas funciones en la familia nuclear, las culturas obreras dan mucha más importancia a la familia ampliada y a la comunidad local. Aunque se identifiquen con otros miembros de su propio grupo de edad, los jóvenes no pueden ignorar los aspectos fundamentales que comparten con los adultos de su clase (oportunidades educativas, itinerarios laborales, espacios de ocio, problemas urbanísticos, etc.).

Culturas juveniles y etnicidad

Desde sus orígenes, el fenómeno de las bandas juveniles se ha asociado a la identidad cultural de la segunda generación de emigrantes a zonas urbanas de Europa y Norteamérica. Dado que los jóvenes de la segunda generación no pueden identificarse con la cultura de sus padres, que solo conocen indirectamente, pero tampoco con la cultura de su país de destino, que los discrimina, podrían interpretarse sus expresiones culturales como intentos de recomponer mágicamente la cohesión perdida en la comunidad original. Además de la etnicidad, hay otros factores que intervienen en la conformación de las bandas juveniles, como la generación, el género, la clase social y el territorio. Estos factores interactúan en la conformación de “estilos” generacionales, que pueden entenderse como “soluciones simbólicas” a los problemas irresueltos en la cultura parental.

Culturas juveniles y territorio

El último de los factores estructurales de las culturas juveniles es el territorio. Las culturas juveniles se han visto históricamente como un fenómeno socialmente urbano, más precisamente metropolitano.

La emergencia de la juventud, desde el periodo de posguerra, se ha traducido en una redefinición de la ciudad en el espacio y en el tiempo. La memoria colectiva de cada generación de jóvenes evoca determinados lugares físicos (una esquina, un local de ocio, una zona de la ciudad). La acción de los jóvenes sirve para descubrir territorios urbano olvidados o marginales, para dotar de nuevos significados a determinadas zonas de la ciudad, para humanizar plazas y calles. A escala local, la emergencia de culturas juveniles puede responder a identidades barriales, a dialécticas de centro-periferia, que es preciso desentrañar. Por una parte, las culturas juveniles se adaptan a su contexto ecológico (estableciéndose una simbiosis entre “estilo” y “medio”). Por otra parte, las culturas juveniles crean un territorio propio, apropiándose de determinados espacios urbanos que distinguen con sus marcas: la esquina, la calle, la pared, el local de baile, la discoteca, el centro urbano, las zonas de ocio, etc.

Culturas juveniles y estilo

El estilo puede definirse como la manifestación simbólica de las culturas juveniles, expresadas en un conjunto más o menos coherente de elementos materiales e inmateriales, que los jóvenes consideran representativos de su identidad como grupo. La mayoría de los grupos juveniles comparten determinados estilos, aunque estos no siempre sean espectaculares ni permanentes.

Para Clarke la generación de un “estilo” no puede entenderse como un fenómeno de moda o la consecuencia inducida de campañas comerciales. Las diversas subculturas juveniles se han identificado por la posesión de objetos: las botas y el pelo rapado de los skinheads por ejemplo. Sin embargo, a pesar de su visibilidad, las cosas simplemente apropiadas o utilizadas por sí solas no hacen un estilo. Lo que hace un estilo es la organización activa de objetos con actividades y valores que producen y organizan una identidad de grupo. Todo ello demuestra lo simplista que es responsabilizar al mercado de la aparición de “estilos” juveniles.

Para analizar como se construye un estilo pueden utilizarse dos conceptos de la semiótica:

- a) El concepto de **bricolaje** sirve para comprender la manera en que objetos y símbolos inconexos son reordenados y recontextualizados para comunicar nuevos significados. Se trata de un concepto que Lévi-Strauss aplicó al “pensamiento salvaje”, refiriéndose a un sistema total de signos compuestos por elementos heteróclitos que provienen de un repertorio ya existente. En el caso de los estilos juveniles, esta resignificación se puede alcanzar por medios diversos. Una manera consistió en invertir los significados dados, combinando, en un código diferente o secreto, generado por la misma subcultura, objetos tomados prestados de un sistema previo de significados. Otra manera consistió en modificar objetos producidos o usados anteriormente por otros grupos sociales. Otra manera consistió en exagerar un significado dado. Y también la de combinar formas de acuerdo con un lenguaje o código “secreto”, la clave del cual sólo la poseen los componentes del grupo.
- b) El concepto de **homología** remite a la simbiosis que se establece, para cada subcultura particular, entre los artefactos, el estilo y la identidad de grupo. El principio de generativo de creación estilística proviene del efecto recíproco entre los artefactos o textos que un grupo usa y los puntos de vista y actividades que estructura y define su uso. Esto identifica a los miembros de un grupo con objetos particulares que son, o pueden hacerse, “homólogos” con sus intereses focales. Los nuevos significados surgen porque los “fragmentos” dispersos de que se componen, tomados de aquí y de allá, se integran en un universo estilístico nuevo, que vincula a objetos y símbolos a una determinada identidad de grupo.

El estilo constituye una combinación jerarquizada de elementos culturales de los que pueden destacarse los siguientes:

- a) **Lenguaje.** Una de las consecuencias de la emergencia de la juventud como nuevo sujeto social es la aparición de formas de expresión oral características de este grupo social en oposición a los adultos: palabras, giros, frases hechas, entonación, etc. Para ello los jóvenes toman prestados elementos de sociolectos anteriores, pero también participan en un proceso de creación de lenguaje. El uso de metáforas, la inversión semántica y los juegos lingüísticos son procedimientos habituales.
- b) **Música.** La audición y la producción musical son elementos centrales en la mayoría de estilos juveniles. De hecho, la emergencia de las culturas juveniles está estrechamente relacionada al nacimiento del rock & roll, la primera gran música generacional.
- c) **Estética.** La mayor parte de los estilos se han identificado con algún elemento estético visible (corte de pelo, ropa, atuendos, accesorios, etc).
- d) **Producciones culturales.** Los estilos no son receptores pasivos de los medios audiovisuales, sino que se manifiestan públicamente en una serie de

producciones culturales: revistas, grafitos, murales, pintura, tatuajes, videos, cine, etc. Estas producciones tienen una función interna (reafirmar las fronteras de grupo) pero también externa (promover el dialogo con otras instancias sociales y juveniles). Una de sus funciones es precisamente invertir la valoración negativa que se asigna socialmente a determinados estilos, transformando el estigma en emblema. Los ejemplos más espectaculares son los grafitos neoyorkinos, los murales cholos y los fanzines, que se han convertido en emblema de una cultura juvenil internacional-popular.

- e) **Actividades focales.** La identificación subcultural se concreta a menudo en la participación en determinados rituales y actividades focales, propias de cada banda o estilo. Habitualmente se trata de actividades de ocio.

Es preciso recordar que los estilos distan mucho de ser construcciones estáticas: la mayor parte experimentan ciclos temporales en que se modifican tanto las imágenes culturales como las condiciones sociales de los jóvenes que los sostienen. Su origen suele deberse a procesos sincréticos de **fusión** de estilos previos; a continuación experimentan procesos de **difusión** en capas sociales y territoriales mas amplias que las originales, así como de **fisión** en tendencias divergentes; también padecen procesos de etiquetaje por parte de los medios de comunicación, que los presentan en forma simplificada apta para consumo de masas, así como de los agentes del control social, que los asocian a determinadas actividades desviadas.

La metáfora del reloj de arena

Las culturas juveniles pueden representarse como un reloj de arena que mide el paso del tiempo. En el plano superior se sitúan la cultura hegemónica y las culturas parentales, con sus respectivos espacios de expresión (escuela, trabajo, medios de comunicación, familia y vecindario). En el plano inferior se sitúan las culturas y microculturas juveniles, con sus respectivos espacios de expresión (tiempo libre, grupo de iguales). Los materiales de base (la arena inicial) constituyen las condiciones sociales de generación, genero, clase, etnia y territorio. En la parte central, el estilo filtra estos materiales mediante las técnicas de homología y bricolaje. Las imágenes culturales resultantes (la arena filtrada) se traducen en lenguaje, estética, música, producciones culturales, actividades focales. La metáfora sirve para ilustrar tanto el carácter histórico de las culturas juveniles como su dimensión biográfica. Además pone de manifiesto que las relaciones no son unidireccionales: cuando la arena ha acabado de verterse, se da la vuelta al reloj, de manera que las culturas y microculturas juveniles muestran también su influencia en la cultura hegemónica y en las culturas parentales.

A continuación se representa a través de un reloj de arena las culturas juveniles:

